

VOZ EN MARTÍ: EL TEATRO Y LA VIDA

Vivian Martínez Tabares

Una propuesta de teatralidad inusual en la escena cubana contemporánea, que acierta al unir tradición y modernidad, ha sido la lectura dramatizada de *Voz en Martí* —basada en textos de la biografía *Martí, el apóstol*, escrita por Jorge Mañach—, a cargo del Teatro Escambray. Estrenada a mediados del año pasado en las tabaquerías cercanas a su sede de La Macagua, en Manicaragua, y luego de una docena de lecturas en fábricas de Santa Clara, Placetas, Báez, el grupo se presentó ante los tabaqueros de La Habana en siete fábricas y en el Centro de Estudio Martianos, en septiembre del año pasado, dentro del Festival de Teatro de La Habana 2003. Ahora, Mayo Teatral 2004 la eligió como una de las representaciones nacionales, distinguida con uno de los premios Villanueva de la crítica especializada, que se entregan cada año a las puestas más significativas.

Se trata de un acto teatral que, ideado por Carlos Pérez Peña, como dramaturgo y director, representa junto con los actores Jorge Luis Leyva, Carlos Riverón, Ernesto Díaz y la actriz Yerski Caballero. Es también recuperación de la memoria histórica y política cubanas, y el gesto de persistencia de un colectivo artístico que ha probado incontables caminos de aproximación y diálogo con el público.

En Cuba, las lecturas de tabaquería datan de los años sesenta del siglo XIX, vinculadas a las luchas obreras. Fueron fundadas por el asturiano Saturnino Martínez, un torcedor del taller de Partagás que era además poeta, y trabajaba de noche en la biblioteca pública de la Sociedad Económica de Amigos del País. Martínez creó también —el 22 de octubre de 1865— un periódico semanal para la clase obrera, *La Aurora*, y promovió la extensión de estas lecturas colectivas, iniciadas en el taller El Fígaro el 7 de enero de 1866, ante trescientos torcedores. La original actividad provocaba que mucha gente de la calle se acercara a las ventanas de las fábricas a escuchar las lecturas. Atacadas por la prensa reaccionaria, como alentadoras del separatismo y la revolución, las lecturas llegaron a ser prohibidas oficialmente, aunque nunca dejaron de hacerse, por el contrario se extendieron por la isla y a las tabaquerías de Tampa, Cayo Hueso y Nueva York, donde algunos líderes revolucionarios desempeñaron el oficio de lectores y promovieron el ideal independentista.

Hoy, cuando la jornada de las tabaquerías cubanas se abre con la lectura a viva voz de la prensa, y en buena parte de la mañana puede alternar una novela con informaciones de la legislación laboral del ramo, ha irrumpido el teatro para compartir el fragor del trabajo. El texto fusiona la biografía de Mañach con textos poéticos, epistolares y discursos políticos de Martí. El discurso cronológico es así no sólo factual, sino que también está cargado de detalles personales que no eluden sesgos de íntima sensibilidad.

En medio de las galeras de torcido, las voces de los cinco actores se superponen a los golpes de las tablas de los moldes o los tacos de las prensas, frente a un auditorio que no es el de cómodos espectadores quietos en la oscuridad de una sala, sino el del permanente laboreo, y en el que se descubre la expresión absorta, concentrada en las acciones de Martí en la preparación de la lucha, mientras las manos no dejan de deshebrar, torcer, amoldar, desamoldar o cortar. O el guiño del tabaquero hacia su vecina de banco mientras se entera de la galantería de Martí hacia la actriz Rosario Peña, durante su estancia mexicana, la misma en que el actor Enrique Guasp de Peris le indujera a escribir teatro. Y cuando la voz segura de Jorge Luis Leyva cierra un discurso y arenga «Con todos y para el bien de todos» las chavetas estallan en aprobación cerrada. Y resuenan tras los cascos de los caballos en la manigua.

Los actores alternan narración y diálogo, y en ocasiones se relevan para mover el ritmo y facilitar, por contraste, la entrada de un personaje. Irrumpen en la escena como en un ritual que no todos los tabaqueros quizás hayan visto, pero del cual perciben la entrada en otra dimensión, la de la presencia escénica, que se ha cuidado desde la sencillez y la pulcra informalidad del vestuario, en el que se distingue, de negro, el actor que interpretará a Martí.

Durante mi primer encuentro con *Voz en Martí*, me gustó especialmente encontrarme con el teatro por medio de esa forma ancestral de promover cultura y patriotismo de mi país, me gustó ser espectadora de un hecho de compromiso artístico y social en el que un pequeño grupo de artistas, en el que están presente tres generaciones, rescata el simple acto de leer para los otros, y se reta a sí mismo al probarse en una depurada técnica que les obliga al extremo rigor en la emisión vocal, sin apoyos de gesto y movimiento y ante un público hartamente exigente —me contaron que los tabaqueros reclaman la sustitución del lector cuyas características o habilidades vocales no les gusten—, con resonancias que recuerdan el estilo radial y que exploran a la vez una teatralidad contemporánea, y que llama la atención acerca de cómo, desafortunadamente, no siempre en los escenarios de lo que se ve hoy en el teatro la voz tiene la misma claridad ni la misma proyección.

Me gustó percibir el contraste entre el discurso inflamado que llama a la acción y la lectura de una carta íntima de un hombre a su amigo —la tan conocida de Martí a Manuel Mercado, en vísperas de su muerte—, en la que se ha subrayado la energía vital más que la solemnidad, el ímpetu humano más que la predestinación épica. O percibir el valor de la pausa en el último verso sobre la muerte de la niña de Guatemala.

Me gustó ver, a través de los ventanales que rodean el patio central de la Real Fábrica de Tabaco Partagás —«fundada en 1845»— cómo en los distintos pisos, sin que se detuviera el abejeo, se seguía la lectura por los altavoces, mientras frente a mí, en el estrado del cuarto, el piso más alto de la fábrica, los actores hacían que desde la escena resonara la libertad.

Mayo Teatral programó dos lecturas: una en la Fábrica de Tabaco Torcido José Martí; la otra en la Sala Che Guevara de la Casa de las Américas. Quiso el azar que la segunda, programada con varias semanas de antelación para la mañana del viernes 14 de mayo, coincidiera en el tiempo con un hecho político convocado de urgencia: la marcha del pueblo a lo largo del Malecón habanero y frente a la Oficina de Intereses de los Estados Unidos en La Habana, para protestar contra la política agresiva del gobierno de los Estados Unidos, recrudescida con el anuncio

de nuevas medidas, lo que hizo que fuera necesario ajustar la función de *Voz en Martí* para unas horas después el mismo día.

La tarde de la marcha, mientras más de un millón doscientos mil cubanos regresaba a sus casas, en medio de una ciudad soleada y tranquila, se hizo la magia del teatro y volvieron a oírse las voces de los actores cargadas de energía y aliento fervoroso, otra vez renovados, y la hermosa canción que Carlos sabe interpretar tan bien. Fue inevitable enlazar uno y otro hecho, la historia y la vida social de ahora mismo, la gesta por la independencia y la lucha del presente por preservarla, contra el fascismo y el genocidio del Imperio.